

Las puertas de la capilla se partieron hacia dentro con un crujido ensordecedor.

Antonin y Ganz corrieron hacia la destrozada entrada, con las espadas y cuchillos desenvainados, para enfrentar a lo que quiera que amenazara a su señor.

De pronto, las velas se apagaron, se hizo un silencio ensordecedor. Ni siquiera la luz de la luna se filtraba por las vidrieras de la iglesia.

Con susurro, algo se movió en la oscuridad, Wilhelm escuchó los gritos de Ganz mientras unos atroces sonidos húmedos de desgarramiento le erizaban el vello de la nuca. Casi al mismo tiempo, un ruido seco, y Antonin empezó a aullar, suplicando a Dios que le acogiera.

Un segundo más tarde, un crujido profundo y sordo delató que había sido escuchado.

Wilhelm retrocedió con espanto. Había perdido a sus dos guardianes en unos segundos. Tropezó con la pequeña escalinata del altar y se encontró tumbado boca arriba, contemplando los ojos llenos de ternura de una hermosa efigie de Jesucristo.

- Sálvame- suplicó con los ojos llenos de lágrimas- no dejes que me lleven

- Ha sido Él quien me ha traído hasta aquí, Wilhelm Friedmann- dijo una voz dulce en algún lugar de la oscuridad

- ¿Quién eres, demonio? ¿Cómo sabes mi nombre?- el pastor se incorporó y se puso alerta, miró a todos lados, pero sólo había oscuridad, no podía ver a más de un par de metros de distancia

- Él me lo ha dicho-

Ante su figura caída, emergió de las sombras una niña, de menos de diez años. Era realmente hermosa, con sus cabellos oscuros revueltos como un halo, su inocencia latente y sus mágicos ojos azules.

Sin embargo, aquel pequeño ángel tenía las comisuras de los labios y el precioso vestido cubiertos de centenares de gotas de sangre fresca.

- Has mirado, has dañado, has violado, has matado, Wilhelm Friedmann- la dulzura infinita del tono de la criatura tenía ahora un deje helado que prometía dolor- ¿lo niegas ante la mirada del Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo?-

-¡Soy inocente!- gritó desesperado el párroco

- Ellas también lo eran- afirmó la pequeña- algunas de ellas más jóvenes que yo, no mientras, Wilhelm Friedmann, Él lo ve todo-

-Todo, todo, todo, todo- repitieron un coro de voces muy hermosas alrededor del altar

Wilhelm retrocedió, apoyando la espalda sobre el altar. De todos lados, salían jirones y retazos de sombras que tomaban forma a su alrededor. Tomaron los rasgos inocentes y perfectos de diversas muchachas que creyó reconocer.

La perversa niña ensangrentada y aquellas sombrías réplicas formaron un semicírculo alrededor del sacerdote.

Que asíó con fuerza su rosario y lo interpuso entre él y las figuras oscuras.

-¡Por el poder de Cristo! ¡Yo os expulso de este lugar! ¡Gloria Patri, et Filio, et...!-

-No hace falta que lo llames, Wilhelm Friedmann, Él ya está aquí-

Entonces, las sombras volvieron a moverse. Y Wilhelm gritó.

